



-Cartas a la Humanidad-

## La nube de cenizas del Eyjafjallajökull

"I'm holding my hands together  
I'm holding my feet together  
I'm holding myself together  
In this near wild heaven  
Not near enough"  
("Near Wild Heaven", R.E.M.)

Era marzo de 1997, tenía 16 años y mi timidez me hacía envidiar las tribus de la Amazonia que aún no fueron descubiertas por el hombre dicho civilizado y su progreso misional. Para peor, la muerte de mi padre, pocos meses antes, transformó mi cabeza en un ruido blanco, como el de los antiguos televisores fuera de sintonía. Creo que pudor e inhabilidad social son cuestiones comunes a un 96% de los jóvenes, considerando el 4% de margen de error de los institutos de investigación. Sin embargo, afirmaré que sumarle a esa receta la muerte de quien se ama pone las cosas a otro nivel.

Los médicos decían que el dolor en el pecho se relacionaba a un cuadro depresivo causado por el luto. Los cardiólogos no encontraron más que tristeza. El mundo era un lugar en el que las personas me molestaban porque ocupaban demasiado espacio en la calle, se reían en exceso de hechos sin gracia alguna y tocaban bocina incansablemente en el tráfico. Según mi análisis empírico, esos seres torpes perpetraban sus deshumanizaciones porque no les importaba nada más que su propio ombligo. Sacaba esas conclusiones sin medir cuán egocéntrico estaba siendo al creer que todo y cualquier ser vivo del reino monera al reino animal existía apenas para irritarme.

El año escolar recién había empezado después de tres meses de vacaciones. Mi escuela, en un barrio de clase media de la zona norte carioca, era un volcán con colores y hormonas adolescentes en erupciones constantes. Había



ocasiones en que la nube de cenizas interrumpía el tráfico aéreo, tal cual fue en 2010 con aquel volcán islandés cuyo nombre parece más un estornudo que cambia de idea y se hace tos, el Eyjafjallajökull. Los celadores tenían que separar a las parejas púberes que se enredaban por todos lados en besos y abrazos cargados de hormonas. El director, un militar de la reserva, decidió seguir el reglamento del cuartel de donde había salido décadas antes e impuso una política de tolerancia cero para no ver repetirse lo que había pasado el año anterior, cuando una alumna de 16 años quedó embarazada de un compañero de clase. Sabiendo sobre el orden vigente de reprimir cualquier contacto corporal que durase más de tres segundos, las parejas hacían provocaciones solo para divertirse al ver a los celadores corriendo para separar espermatozoides y óvulos peligrosamente juveniles. Pero yo no participaba de esa alegría. Vivir, para mí, después de la muerte de mi padre, era una ofensa. Lo que buscaba era aislamiento. Y fácil era encontrarlo.

Algunos meses después estaba viviendo un autoexilio. Mis amigos habían dejado de intentar levantarme el ánimo y muchos dejaron de llamarme también. Iba de casa a la escuela y de allí a casa otra vez. Nada me hacía querer salir de esa rutina. En el recreo me quedaba en el aula, leyendo. Una revista o un libro. Nada muy específico. En aquella época hablaba conmigo mismo y a lo largo del día esa voz, que solo yo escuchaba, se volvió mi amiga. Y eso era estupendo porque la charla mental era más provocadora que escuchar una televisión sin señal en mi cabeza.

Entonces, en medio de alguna sinapsis fuera de lo común, tuve una idea: ¿Qué tal pasar el recreo en la biblioteca del colegio? Sería diferente, al menos. Y podríamos ocupar un tiempo leyendo algo nuevo, estimulador, y oyendo lo que dicen diversos autores. Así, fuimos atrás de otras voces (sí, estaba hablando en plural —gracias por avisarme— y la voz en mi cabeza era como un individuo totalmente diferente, con otro documento, y que, a veces, tenía opiniones distintas a las mías y me hacía repensar).



En la biblioteca se respiraba un aire tranquilo, de un tipo que apenas se siente en lugares en desidia. Todo muy organizado y limpio, no me malentendan. La cosa es que los libros, en Brasil, siempre fueron tratados con indiferencia. A fines de 2018 leí un artículo en *Nexo* sobre la crisis que viene cerrando cada vez más librerías en las calles de mi país, a lo largo de los últimos años. Varios son los factores, pero la llegada mastodóntica de la empresa Amazon a territorio tupiniquim en 2014 vendiendo libros de modo virtual, a precios que las tiendas físicas no igualan, y el bajo índice de lectura de mis compatriotas, son destaques negativos en esta historia. Según un enlace en la nota, que me llevó a otro sitio web, el de la revista *Educação*, el brasileño lee en promedio 4,96 libros por año. Y apenas uno de cada cuatro lectores dice leer por gusto. Los números no me sorprendieron. Conozco personas que no leerían ni siquiera el prospecto de un remedio que podría causarles complicaciones y hasta matarlas. Que dirá leer un romance brasileño del siglo XIX, como *Señora*, el preferido de Marlene.

Y sí, es hora de conocer a Marlene. Esta crónica se trata de ella. De nuestra amistad. Ya hablé mucho sobre mí y han entendido que yo no era un adolescente problema, pero sí era un adolescente con problemas (como lo es el 96% de estos, considerando el 4% de margen de error de los institutos de investigación). Y, como en todo guion que se aprecia, alguien debe sacar a nuestro protagonista de las tinieblas o hundirlo definitivamente.

Ahora voy a prestarles mis lentes de la Voyager 1 de mi memoria<sup>1</sup>, van a poder ver a través del espacio interestelar de los días actuales y de las últimas décadas y, al fondo de un cuarto con techos altos y varios estantes repletos de libros, en una mesa de madera maciza, encontrar a quien va a sacar al narrador-personaje de ese abismo en el cual él mismo eligió vivir. Marlene y su elegancia, 84 años de planeta Tierra, centenas de autores leídos por aquellos ojos lagrimosos por la edad. Manos temblorosas por el tiempo y por una leve falta de control motor que busca disfrazar. Una taza de té en la mesa, el sol de mayo de

---

<sup>1</sup> Soy un poco nerd y la Voyager 1 es un asunto que me encanta. Colocarla aquí como un marco del paso de los años puede parecer un poco injustificado, pero no pude evitarlo. Como diría Machado de Assis en uno de los pasajes más lindos de *Don Casmurro*: "No se navegan corazones como los otros mares de este mundo".



1997 entrando por la ventana e iluminando su cabello de un rojizo que no le dejaba lugar al blanco. El rojo y el negro. El rojo de su cabello, el negro de mi melancolía atestada por el cardiólogo. Stendhal vibra en algún lugar en el infierno de los escritores.

Marlene era elegante. Sé que ya lo he dicho. Lo repito a propósito. Una señora de 84 años que nunca dijo “a los jóvenes de hoy nada les interesa” o “en mi época era tan diferente”. Un alma que entendía que su tiempo era el ahora. Estar vivo es el tiempo en sí. Conversamos sobre libros, filosofamos sobre la existencia. Diariamente visitaba la biblioteca en busca de sus sugerencias o para charlar sobre lo que había leído la noche anterior.

—*La insostenible levedad del ser* no es un libro tan fácil. Y las personas son mucho más que un sí o un no. Si lo lees a los 25, 35, 45 años, la percepción va cambiando. Un buen libro es así. Mejora—, me explicó al oírme tejer comentarios ingenuos de un lector que aún no tenía madurez para compartir los destinos de Tomás, Teresa, Sabina y Franz.

Marlene me sugería buenos libros. Machado de Assis fue leído con gusto, sin la exigencia desalentadora de las pruebas de Lengua. Milan Kundera fue un hallazgo. Leo *La insostenible levedad del ser* cada diez años, conforme recomendación. Entonces, un día ella decidió llevar nuestra amistad a un lugar por el cual agradezco hasta hoy. Ya hacía un año que pasábamos los veinte minutos diarios del recreo conversando. En ese día, mi cómplice octogenaria me mostró algo que guardaba apenas para los más cercanos. Y podría decir que ese grupo era cada vez más pequeño, pues sus amigos estaban muriendo quincenalmente. Cada dos por tres Marlene era reemplazada porque tenía que ir a un velorio. Por una ironía morbosa, con cada muerte yo ascendía en la jerarquía de nuestra amistad. La gran novedad es que decidió mostrarme los cuadros que estaba pintando. Era una actividad muy íntima y compartida con poquísimas personas. Reproducciones perfectas de paisajes. Aquella señora, ahora con sus 85 años, había empezado clases de pintura.

—Quiero tu opinión sincera— me dijo buscando el tono más neutro que pudo encontrar.



—Me parece increíble que alguien pinte así en un año.

—Ya pintaba un poco, pero me faltaba técnica. ¿Pero lo increíble es porque soy una vieja de manos temblorosas o es increíble porque es bueno?

—Es increíble porque es increíble. La paciencia, los detalles.

Intentaba juntar las palabras mientras tenía delante de mí una reproducción casi fotográfica de la cascada de Taunay, en Floresta da Tijuca. Las aguas tan perfectas parecían capaces de mojar mi uniforme, si me aproximase.

Y empezó 1998, ese sería mi último año en el colegio. La preparación para el examen de la universidad ya me ocupaba mucho tiempo, pero seguía visitando a Marlene. Ahora un poco menos, gracias a ella misma, debo decir. Lo que pasó es que mi consejera literaria me prestó *Feliz año viejo*, de Marcelo Rubens Paiva. Es un libro con estilo narrativo muy directo y sin pudores. Una historia que una señora de 85 años normalmente no leería y mucho menos recomendaría. A los 17 años todavía creía que una persona canosa (o, en su caso, artificialmente colorada) no podría inspirarse en un relato tan joven y tan ostensivo. Qué ignorancia la mía. La prueba de que eso era, no solo posible, como muy saludable, estaba frente a mí todos los días durante el recreo.

Ya en la mitad del libro había entendido que aquello era una especie de adiós. Rubens Paiva escribe sobre amistad, sobre estar en medio de un grupo, vivir la vida a pesar de los golpes y obstáculos que hay que enfrentar. Un relato lindo a su manera y una de mis lecturas predilectas hasta hoy. Lo concreto es que, después de un largo periodo viviendo en un *intermundia*, estaba volviendo a sentirme vivo, dejando al Eyjafjallajökull de hormonas y pasiones adolescentes hacerse un lugarcito en mis días. Y qué bueno era. Gran parte del camino de vuelta fue posible gracias a la literatura y a la amistad con Marlene.

El último día de clases nos despedimos con la esperanza de que nos veríamos siempre. Claro que eso no sería así y ya lo sabíamos. Aquello era un punto final, pero ninguno de los dos quería asumirlo. Nos abrazamos, hablé sobre la carrera de publicidad que quería cursar y ella me mostró cuadros nuevos. Me dijo que estaría siempre allí para un té y más charlas sobre libros.



Antes de salir tomé del estante una copia de *Señora*. El nombre de José Alencar escrito en letra cursiva en la tapa. La escuela tenía algunos ejemplares y, abriendo la ficha de préstamos, vi que nunca había salido a pasear.

—Marlene, voy a robarme este libro. Sépalo.

—No vi nada. Sépalo.

Y salí sonriente con mi hurto literario en manos. Lo tengo hasta hoy. Un libro muy elegante.

¿Ya dije que Marlene es elegante?

Leo Avellar – Publicitário há 20 anos, possui MBA em Comunicação Empresarial e, atualmente, estuda Letras com especialização no ensino da língua inglesa. Atuou em agências de publicidade e também na área de Comunicação em empresas dos setores privado e público. Nos momentos em que não está lendo, decide se arriscar como escritor. Mora no Rio de Janeiro, um ótimo cenário para seus contos.